

Los orígenes sociales de la psicología moderna*

Kurt Danziger (York University)

Existe una importante razón por la cual las cuestiones relativas a los orígenes sociales de la psicología moderna resultan fundamentales para cualquier consideración del contexto social de las ideas psicológicas específicas durante el siglo presente. Se trata de un periodo durante el cual la creación y diseminación de ideas psicológicas se vuelven decididamente influenciadas por la existencia de un grupo profesional-académico de “psicólogos” crecientemente poderoso, que reclama el monopolio de la producción y reproducción del conocimiento psicológico validado. Las ideas psicológicas, por supuesto, habían tenido existencia mucho antes del siglo presente; lo que ha cambiado es el contexto social inmediato en el cual las mismas son desarrolladas e intercambiadas. La existencia del nuevo grupo profesional, crecientemente bien organizado, provee el fondo sobre el cual las ideas particulares, los métodos y los sistemas, son proyectados como figuras, cuya inequívoca apariencia, depende del tipo de relación figura-fondo.

Antes del siglo actual, las ideas psicológicas fueron producidas e intercambiadas ampliamente entre filósofos, hombres de la medicina, economistas políticos, historiadores, artistas y otros. Lo que en la historia más reciente resulta absolutamente novedoso es la aparición de grupos de especialistas realizando reclamos, crecientemente exitosos, del monopolio de la verdad psicológica. Los miembros de estos grupos se han instituido ellos mismos, y son gradualmente aceptados como árbitros de lo que constituye y lo que no constituye conocimiento psicológico validado. Para ser tomadas seriamente, las ideas psicológicas deben atravesar ahora el prisma formado por el marco normativo e institucional de la comunidad de especialistas reconocidos.

Es este desarrollo, más que el uso de una nueva metodología, el que define la naturaleza de la famosa transición desde el largo pasado de la psicología a su corta historia. Las técnicas de experimentación y cuantificación son herramientas potenciales, exentas en sí mismas de mayor significación histórica; su real significación deriva de la manera en que es usada, por quién es usada y para qué propósito. Las técnicas empíricas fueron aplicadas a problemas psicológicos muy extensamente en el siglo XIX por filósofos profesionales, científicos naturalistas, médicos y aficionados. Los cambios cruciales no se dieron hasta que la aplicación de estas técnicas fue usada para legitimar el reclamo del monopolio del conocimiento psicológico valedero por parte de una comunidad de especialistas auto-consciente y organizada.

Desde esta puntualización, la relación entre el conocimiento psicológico y su contexto social se complejiza por la aparición de un nuevo nivel constituido por el grupo de profesionales, sus intereses, instituciones y cultura. La influencia recíproca entre el conocimiento psicológico y los intereses y estructuras cognitivas en la sociedad más amplia, se vuelve mediatizada por la comunidad de especialistas. Se hace necesario, ahora, tomar en consideración el rol jugado por los miembros de esta comunidad en la sociedad más amplia y los efectos que produce en la vida interna de la comunidad.

Entonces ¿cómo llegó a constituirse esta nueva comunidad? Esta es la cuestión que requiere una respuesta si hemos de evitar tomar las normas contemporáneas del grupo como dadas, en lugar de reconocerlas como el problema a ser explicado.

* Fuente: Danziger, K (1979). “The social origins of modern psychology”, en A.R. Buss (Ed): *Psychology in social context*. New York, Irvington Publishers. Traducción: Hugo Alberto Klappenbach. Revisada por Hernán Scholten.

Pero hay otra razón para examinar los orígenes de la psicología moderna, en el contexto de la sociología del conocimiento psicológico. Y es que este problema es uno de los pocos en toda la historia de la psicología que, de hecho, ha sido analizado desde un punto de vista sociológico (Ben-David y Collins, 1966). Aquel análisis, y la controversia que le siguió, ilustran muchas de las dificultades que puede encontrar una aproximación sociológica a la historia de la ciencia. Enfoques sociológicos alternativos pueden ser aplicados a la cuestión de los orígenes de la psicología moderna; el problema es hallar la perspectiva que resulte adecuada al problema.

Una aproximación, bien representada en la literatura de la sociología de la ciencia, es denominada, con más propiedad, como aproximación positivista. Presenta muchas características que merecen ser examinadas. En primer lugar, su concepción de una disciplina científica está basada en la noción de progreso acumulativo. Este progreso distingue ciencia de pre-ciencia, y es posible de ser “medido” por el número de publicaciones de investigación. Ninguna consideración es otorgada a algo así como las “revoluciones científicas” de Khun, o a la significación de escuelas de pensamiento rivales. Aplicada a la historia de la psicología moderna, esta manera de pensar lleva a la conclusión tradicional de que la psicología moderna comenzó en Alemania y posteriormente trasladó su centro a los Estados Unidos. Las cifras acerca de los números relativos de publicaciones parecen mostrar esto con suficiente claridad. Lo que aquí debería ser notado es la suposición tácita de que la psicología que llegó a florecer en los Estados Unidos alrededor de 1915 era, en esencia, la misma que apareció en Alemania en los años 1880. La posibilidad de una discontinuidad cualitativa fundamental ni siquiera es considerada en este enfoque ya que, si la psicología es una ciencia, su desarrollo es por definición, lineal, acumulativo y continuo.

Una característica importante de la sociología de la ciencia positivista es la naturaleza profundamente ahistórica de sus categorías explicativas. Las normas que rigen la actividad científica han sido siempre las mismas y siempre han existido como ideas. Lo que cambia son los roles sociales de los portadores de esas ideas. Es cuando las ideas científicas son tomadas por individuos que ocupan el rol social de científicos profesionales que ellas llevan a una tradición en investigación continua y acumulativa (Ben-David, 1971).

El surgimiento de disciplinas nuevas, como la psicología, depende por eso de la invención de un nuevo rol, el de practicante profesional de la nueva ciencia. Tales roles nuevos son inventados frecuentemente por individuos como un medio de mejorar las oportunidades de su carrera. Supóngase una carrera individual bloqueada en una disciplina establecida; él o ella todavía puede ganar reconocimiento transfiriendo algunos elementos de aquel rol profesional a un contexto disciplinario diferente y con un rol establecido diferente. Esto es llamado “hibridación del rol”. En psicología, se dice que el principal ejemplo de este proceso es Wundt, quien usó su antecedente fisiológico para establecer una carrera como filósofo, pero un nuevo tipo de filósofo, uno que realizó experimentos de laboratorio sobre los problemas en psicología. Así nació un nuevo rol –el de psicólogo experimental– a partir de la “hibridación” de los roles de fisiólogo y filósofo, previamente establecidos. Sólo restaba que los demás fueran socializados en este rol, personalmente por Wundt o modelando su ejemplo, para que la psicología se estableciera como una nueva disciplina científica.

En este punto, dos rasgos de esta consideración son dignos de ser resaltados. En primer lugar, el motor del cambio histórico es buscado en el nivel de la motivación individual. Un nuevo rol es inventado y emulado en el transcurso de un intento personal por promover una carrera personal. Segundo, los motivos individuales que juegan un rol tan importante no son establecidos por medio de una investigación biográfica concreta, sino que son imputados en términos de un modelo abstracto implícito de decisión racional, mediante el cálculo de probabilidades de carrera. Por

ejemplo, Ben-David y Collins, cuya consideración de los orígenes sociales de la psicología moderna está en discusión aquí, sugieren que en el momento en que Wundt estaba buscando un profesorado de tiempo completo, avanzar en fisiología era particularmente difícil; la mayoría de las cátedras existentes estaban a cargo de aquellos que las sostuvieron por décadas. Se da por supuesto que Wundt tomó la decisión de pasar a la filosofía, donde avanzar era relativamente más fácil, y de haber usado sus técnicas en fisiología experimental como una fuente de status especial en el área de su segunda elección. Desde esta consideración, el rol del psicólogo moderno es, en esencia, la invención de un individuo singular, Wilhelm Wundt, respecto a quién la mayor parte de la generación siguiente de psicólogos está relacionada por medio de un complejo árbol “genealógico” basado en el “discipulado”.

En este punto llegamos a advertir una dificultad fundamental, que proviene del intento de combinar el enfoque positivista de la “evidencia”, con una teoría individualista del cambio histórico. Esta última atribuye una importancia primordial a las intenciones individuales, mientras que el primero devalúa los informes “subjetivos” directos sobre dichas intenciones, las cuales, por tanto, deben ser inferidas de datos “objetivos”. ¿Sobre qué criterio de relevancia son seleccionados dichos datos, entre la riqueza potencialmente ilimitada de la información histórica? Claramente, el criterio de relevancia es provisto por la necesidad de reconstruir la situación elegida cotejando al individuo histórico. En este punto, la objetividad supuesta del procedimiento deviene aparente, la perspectiva del sociólogo es meramente sustituida por aquella de la figura histórica en cuestión. Así, cuando Ben-David y Collins reconstruyen la elección de Wundt, consideran solamente dos campos, el de la fisiología y la filosofía. Pero, en realidad, el nombramiento de Wundt mientras estaba buscando la promoción a una cátedra de tiempo completo, fue en “antropología médica y psicología”, mientras el área que con más evidencia podía ser reconsiderada para él, exclusivamente desde el punto de vista de una carrera, era psiquiatría, un área en la cual fueron creadas más cátedras en las universidades alemanas, entre 1873 y 1880, que en fisiología y filosofía juntas (von Ferber, 1956). De cualquier modo, la fuente de la cual Ben-David y Collins extrajeron sus datos muestra también que entre aquellos que, como Wundt, ingresaron a los rangos académicos en los años 1850 y 1860, el 78% de los que lo hicieron en fisiología finalizaron como profesores titulares, mientras que en filosofía solamente el 51% de ellos tuvieron tal fortuna (von Ferber, 1956, pp 83-84), un hecho que resulta difícil de reconciliar con el supuesto de mayores oportunidades de carrera en filosofía.

El mismo Wundt brindó un relato diferente de su pasaje de fisiología a la filosofía. Tras comenzar su autobiografía relatando sus recuerdos juveniles sobre la revolución de 1848, se dirige lo que puede ser considerada una extraña introducción a la vida de un académico: “No puedo evitar hacerlo de esta manera, ni habré de permanecer en silencio sobre un aspecto de mis recuerdos que ha permanecido en la memoria más vívidamente que muchos otros. Fue mi destino que la coexistencia habitual, durante muchos años, de intereses de vida diferentes, condujo a un cambio de ocupación en el cual, sospecho, las impresiones políticas de mi juventud no fueron indiferentes (Wundt, 1920, p.15)”. En realidad, durante el periodo crítico de su vida, cuando tuvo lugar la reorientación de la fisiología a la filosofía, Wundt se encontraba fuertemente comprometido en asociaciones de trabajadores de la educación y, durante muchos años, fue miembro del *Landtag*; el cuasi-parlamento del Estado de Baden. A través de sus propias declaraciones se aprecia que finalmente se dio cuenta de que no podría combinar una carrera política con una académica (Sehlette, 1955-1956). Eligió la última pero, en adelante, su trabajo académico estuvo cada vez más orientado hacia temas de discusión del más amplio interés humano, cambio que solamente pudo ser facilitado por un pasaje desde la Facultad de Medicina a la Facultad de Filosofía.

En cualquier caso, Wundt resulta una figura singularmente inapropiada para elegir como iniciador de la identidad profesional del psicólogo moderno. De hecho, era un fuerte opositor de la separación entre la psicología y la filosofía, sosteniendo que los problemas más importantes en psicología estaban conectados tan íntimamente con problemas filosóficos que la separación entre ambas reduciría al psicólogo al nivel de un artesano aprisionado por una metafísica encubierta e ingenua (Wundt, 1913). Cuando, en 1904, fue eventualmente creada una sociedad profesional de psicólogos alemanes, Wundt no participo en ella –inclusivo no le fue posible reunirse en Leipzig durante el tiempo de vida de Wundt. Respecto a su supuesta contribución en hacer del trabajo experimental sistemático parte de la definición del rol del psicólogo, debería recordarse que, para Wundt, la psicología experimental era solamente una pequeña parte de su trabajo. De cualquier forma, el ejemplo de alguien como Helmholtz muestra que el trabajo experimental sistemático aplicado a problemas psicológicos no guarda conexión, necesariamente, con la elaboración del rol psicológico profesional.

Fue la generación que sucedió a Wundt la que por primera vez concibió una identidad profesional distinta para el psicólogo. Los primeros pasos efectivos en esa dirección, no fueron dados hasta los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. Quienes dieron aquellos pasos, debido a su carácter de advenedizos, tenían sus propias razones para tratar de brillar en el prestigio reflejado por una figura establecida como Wundt. De este modo, colocaron el fundamento para aquello que, todavía una generación posterior, iba a transformarse en un “mito de origen” completamente desarrollado (Samelson, 1974). Lo que resulta de interés en el presente contexto es que el sociólogo de la ciencia positivista, a causa de su perspectiva básicamente ahistórica, se vuelve una víctima fácil de las reconstrucciones históricas distorsionadas que las generaciones posteriores proyectan hacia el pasado. La tendencia es a tratar la evidencia histórica como si fuera un caudal de hechos objetivos cuando, usualmente, consiste en reconstrucciones realizadas por partes altamente interesadas. Más aún, la relación entre generaciones sucesivas es reducida a la de “pioneros” y “continuadores” o “maestros” y “discípulos”, leyenda que, incidentalmente, hace posible ocuparse del desarrollo completo de la psicología moderna a partir del supuesto acto de creación de Wundt, como un proceso de desarrollo interno dentro de la disciplina, sin entender al rol crítico de los factores extra-disciplinarios.

El rol de tales factores puede ser ilustrado a través de la comparación entre el desarrollo temprano de la psicología en Alemania y en los Estados Unidos. En la psicología alemana, las formas institucionales de una disciplina autónoma fueron muy lentas en desarrollarse. Sin ir demasiado lejos, en 1910 sólo existían cuatro posiciones académicas en psicología en todo el sistema universitario alemán, y solamente una de ellas era de tiempo completo (von Ferber, 1956 pp. 83-84). Aún en esa época, la psicología no era materia de examen. Prácticamente todos aquellos que investigaban o enseñaban en psicología tenían nombramientos en filosofía, y esto no era una mera formalidad, ya que la mayoría de ellos siguieron combinando sus intereses psicológicos con un trabajo activo en filosofía. Esto, por supuesto, contrastaba totalmente con la situación en Estados Unidos, donde estaba proliferando los departamentos universitarios de psicología y donde existía un pequeño ejército de psicólogos profesionales, cuyos lazos con la filosofía eran inexistentes (Camfield, 1973). La sociedad profesional alemana fue fundada hace doce años después que la American Psychological Association (APA). La psicología como disciplina autónoma es una invención americana y no alemana, hecho que, incidentalmente, resultaba muy evidente para Wundt, quien criticaba a alguno de sus colegas por la pretensión de seguir un modelo americano, el cual consideraba inadecuado en el contexto alemán (Wundt, 1913).

Hay muy buenas razones por las cuales el desarrollo americano tuvo que divergir de aquél del otro lado del Atlántico. En primer lugar, era completamente diferente el ambiente académico y profesional con el cual se encontraron potenciales practicantes de la nueva disciplina. En Alemania, los filósofos gozaban de gran prestigio, tenían una tradición formidable y ocupaban posiciones académicas de poder. En los Estados Unidos, los filósofos profesionales eran escasos y contaban para muy pocos – en realidad, su sociedad profesional recién se separó de la APA en 1901; la psicología era la disciplina mayor. Mientras las escuelas médicas alemanas habían sido centros de investigación que merecieron el respeto del mundo por varias generaciones, resultaba notorio el estado lamentable de las escuelas médicas americanas. (El primer paso efectivo hacia la reforma fue la creación del John Hopkins School en 1893, aunque todavía en la época del informe Flexner, en 1910, la consolidación profesional de la medicina estaba lejos de ser completada). En tanto que la psicología americana reclamaba sus derechos en un territorio prácticamente virgen, la psicología alemana tenía que tomar en consideración, a cada paso, determinados intereses muy bien atrincherados.

Este estado de los hechos era un reflejo de la ausencia general de profesionalización en la educación superior americana durante la mayor parte del siglo XIX, que contrastaba con el nivel de profesionalización, verdaderamente elevado, de los académicos alemanes. En 1884, en la Universidad de Harvard, solamente 19 de los 189 miembros del cuerpo facultativo poseían el Ph. D.; en la de Michigan, 6 sobre 88 (Rudolph, 1962). Tal grado no comenzó a ser generalmente esperado en las más prestigiosas instituciones americanas hasta los años 1890. El académico alemán luego de completar el Ph. D. debía trabajar varios años en una disertación post-doctoral, la cual era requerida para obtener el derecho a enseñar. Después de varios años de actividad académica podía esperar, si era afortunado, un nombramiento universitario rentado. Ambos países experimentaron una expansión universitaria bien considerable posterior a 1870. Pero mientras que en Alemania semejante expansión tuvo lugar sobre una estructura bien establecida, en los Estados Unidos la creación de estructuras apropiadas fue coincidente con la expansión en sí misma. En los Estados Unidos, la psicología logró ingresar desde el inicio en el sistema universitario moderno; en Alemania fue una recién llegada a que debió tomar el lugar asignado para ella en el orden establecido. Por eso, cuando se considera la obra de los primeros psicólogos americanos, como William James, Stanley Hall, J. M. Baldwin y J. Mc Keen Cattell, los viajes juveniles que realizaron a Alemania parecen haber sido totalmente irrelevantes. Inclusive cuando ellos pensaban que estaban aportando su experiencia europea, lo cual no resultaba muy frecuente, el elemento trasplantado tomaba necesariamente una forma muy diferente, debido a la vasta diferencia en el contexto.

Lo que resulta más significativo, desde el punto de vista de la sociología del conocimiento psicológico, es que la diferencia en el contexto social determinó la naturaleza de la nueva disciplina en modos completamente fundamentales. Afirmar que el trabajo experimental en el laboratorio constituyó el suelo común para la nueva disciplina en ambos países es otorgar una significación ritual a la experimentación que, ciertamente, ella ha tenido para muchos psicólogos, pero que es algo que tiene que ser explicado antes que el principio para la explicación. Las diferencias de concepción sobre la naturaleza de la experimentación psicológica fueron profundas, como lo fueron también las perspectivas acerca del rol que debía serle asignado a la experimentación dentro de la psicología en su conjunto. Para algunos, el experimento psicológico paradigmático estaba basado en las introspecciones de un puñado de observadores sofisticados y altamente entrenados; para otros, estaba basado en la observación de los movimientos de los animales en ambientes artificiales. Para algunos, la psicología experimental representaba la totalidad de la psicología; para otros, era solo una pequeña parte. La sociología positivista de la ciencia no se inquieta a sí misma con semejantes

disputas porque nunca examina el contexto social del contenido de una disciplina. Sus “medidas” de la actividad científica están estrictamente limitadas a lo externo, como el número de publicaciones y el uso de rótulos (por ejemplo, “experimentación”). Para la sociología del conocimiento, en cambio, tales mediciones son insignificantes en sí mismas: el contexto social del contenido actual de las ideas científicas en el problema. Y esta es, probablemente, la diferencia principal entre ambas perspectivas.

Otra diferencia muy importante procede de la naturaleza de la motivación considerada relevante en la determinación de la historia de las disciplinas científicas. Como previamente fue mencionado, en la consideración del origen de la psicología moderna de Ben-David y Collins, la búsqueda de status o las aspiraciones de carrera de individuos claves proporciona el motor para la emergencia de una nueva identidad profesional. Para esta visión, los factores sociales determinantes del status relativo de campos diversos son aceptados como dados; la perspectiva es individual y no societal. Desde el punto de vista de la sociedad, sin embargo, el desarrollo de nuevas especialidades y subespecialidades científicas involucra un cambio en la división del trabajo. La producción de ciertas clases de conocimiento se vuelve prerrogativa de un grupo con una identidad profesional particular. La historia del establecimiento de una nueva disciplina o subdisciplina es, en esencia, la historia del establecimiento de esa prerrogativa. Pero el éxito con el cual tal prerrogativa es reivindicada depende de la eficacia con la cual el nuevo grupo maniobra para legitimar sus actividades. Para ser efectivos, tales esfuerzos de legitimación tienen que tomar en consideración las normas e intereses de los grupos de poder establecidos para el control de la distribución de aquellos recursos materiales de los cuales depende la producción de conocimientos. Esto quiere decir, en el contexto moderno, aquellos que controlan los nombramientos universitarios, como así también aquellos que controlan establecimientos institucionales (de carácter educacional, clínico, industrial o administrativo), que son relevantes para la práctica de la profesión. Tales grupos, por supuesto, tienen sus propios problemas de legitimación, de modo tal que sus normas e intereses tienden a reflejar las realidades políticas y económicas básicas de la sociedad en la cual ellas florecen.

Si comparamos las situaciones que debían enfrentar los aspirantes a psicólogos en Alemania y en los Estados Unidos hacia el cambio de siglo, resulta obvio que existían diferencias cruciales. En Alemania, la materia potencial de una nueva disciplina fue en gran parte reclamada por el establishment profesional y académico. Esto significó, por una parte, una extensión considerable para trabajar en problemas psicológicos sin llegar a una ruptura con las afiliaciones disciplinarias existentes, con lo cual la necesidad de una identidad disciplinaria separada, no fue muy fuerte. Por otra, cuando los psicólogos hicieron reclamos a favor de una existencia separada encontraron fuerte resistencia en los intereses establecidos. Para enfrentar exitosamente a semejante resistencia, los psicólogos debieron combatir al establishment en su propio terreno. En la práctica, esto significó, usualmente, persuadir al establishment de que la psicología era filosóficamente aceptable y respetable. En realidad, la psicología alemana nunca tuvo éxito en esa tarea, aun durante el período de Weimar, pero en ese intento mantuvo formas de sofisticación filosófica que eran totalmente foráneas para la psicología americana de la época. Tan tardíamente como en 1929, la Sociedad Psicológica Alemana publicó una protesta contra la tendencia a reducir el número de puestos universitarios en psicología a favor de la filosofía. Estos reclamos intentaban justificar la existencia de la psicología a partir de su relación con la filosofía: “La influencia recíproca entre psicología y filosofía se ha vuelto invariablemente más fuerte, especialmente con relación a la fenomenología, epistemología y la teoría de los valores (Buhler, 1930)”. Se insiste también en que la psicología moderna no se encuentra limitada a los métodos experimentales. Lo que emergió en Alemania,

entonces, fue una psicología cuyos problemas, metodologías y formas de conceptualización permanecieron dominados muy directamente por las preocupaciones de la filosofía, que jugaba el rol del Hermano Mayor [Big Brother].

En los Estados Unidos, en cambio, los psicólogos tuvieron que justificarse a sí mismos frente a un tribunal muy diferente. El control de los nombramientos universitarios, fondos para investigación y oportunidades profesionales, se encontraban o bien en las manos de hombres de negocios y sus ejecutivos, o en las de los políticos que representaban sus intereses. Si la psicología debía emerger como una disciplina independiente viable, debía serlo en una forma aceptable para esas fuerzas sociales. Las inclinaciones de aquellos de cuyas decisiones dependía la suerte de la psicología americana eran claras. Eran hombres ubicados en posiciones de genuino poder social, que estaban ansiosos en usar sus posiciones para controlar las acciones de los demás. Estaban interesados en técnicas de control social y desempeño tangible. La imagen que ellos tenían del hombre difícilmente fuera la del filósofo contemplativo. Un gran sistema de educación secundaria y profesional tenía que ser construido prácticamente desde los inicios: el acontecer humano desde la migración y urbanización en gran escala tenía que ser tratado; el hombre tenía que ser hecho para la adaptación a un sistema industrial rápidamente racionalizado; los productos debían ser vendidos. En vista de la debilidad de fuentes alternativas, de habilidad profesional, los psicólogos se volverían aceptables si pudieran razonablemente prometer el desarrollo de la capacidad técnica necesaria para tratar apropiadamente con esos problemas.

Los psicólogos americanos respondieron a esa oportunidad con una promesa que era totalmente innovadora. Esa promesa implicó nada menos que la reivindicación de que la psicología experimental proporcionaría las leyes fundamentales de gobierno de toda actividad humana, independientemente del contexto. Debía, por lo tanto, ser considerada la “ciencia maestra” de los asuntos humanos, guiando todos los esfuerzos por controlar a la gente. En ocasiones apropiadas, la mayoría de las figuras claves en el período formativo decisivo de la psicología americana debieron expresarse ellos mismos en esos términos. A manera de ilustración, considérense algunas declaraciones representativas del muy popular y exitoso texto de Thorndike (1907), *The Elements of Psychology*:

La psicología proporciona, o debería proporcionar, los principios fundamentales sobre los cuales la sociología, historia, antropología, lingüística y otras ciencias que tratan con el pensamiento y la acción humana, deberían basarse ... Los hechos y leyes de la psicología ... deberían proveer la base general para la interpretación y explicación de los grandes eventos estudiados por la historia, las actividades complejas de la sociedad civilizada, los motivos que controlan las acciones del trabajo y el capital ... Teóricamente, la historia, sociología, economía, lingüística y las otras “humanidades” o ciencias de los asuntos humanos son variedades de la psicología.

Tal declaración implica que los problemas económicos, sociales o históricos son problemas básicamente psicológicos, o deberían ser tratados como tales. Desde esta perspectiva fue creada, por primera vez, la imagen de una ciencia general de la conducta, cuyas leyes habrían de ser tan abstractas y ahistóricas como las leyes de la física. Poco tiempo después, el objetivo de la nueva ciencia vino a ser anunciado a través de un slogan, aún hallado en sus libros de textos introductorios: “la predicción y control de la conducta”. Este objetivo es totalmente discordante con los objetivos que Wundt tenía en mente para la psicología; los mismos no estaban relacionados ni con la predicción, ni el control ni la conducta. Tampoco los sucesores alemanes de Wundt desarrollaron jamás tales objetivos para su disciplina. Sus oportunidades de lograr el respeto del

establishment académico hubieran sido aún más escasas si lo hubieran hecho. Por lo tanto, la gran diferencia entre las posiciones institucionales de la psicología alemana y americana tuvo su contrapartida en la divergencia absoluta de propósitos. Esto no es sorprendente, porque los objetivos de una disciplina definen su posición relativa respecto de otras disciplinas. Al desarrollar sus objetivos, una disciplina define su rol en términos de la división global del trabajo entre disciplinas.

Los objetivos de una disciplina resultan fundamentales para su propia definición. Ellos constituyen una declaración de su interés intelectual, el último criterio de relevancia a través del cual métodos, conceptos y evidencias son juzgados. Lo que mantiene juntos a los practicantes de un campo es su interés intelectual común, y el hecho de que, básicamente, todos tienen los mismos propósitos. Este propósito define tanto el dominio dentro del cual los practicantes han de trabajar y los modos con los cuales ellos proponen actuar en dicho dominio. Tal vez sea innecesario decirlo, pero el dominio dentro del cual ellos trabajan no es simplemente algo dado por el exterior, sino que es, en sí mismo, una construcción intelectual de los practicantes de la disciplina. El desarrollo de un interés intelectual implica no solo la formulación de un programa de trabajo sino también la distinción conceptual de la materia sobre el cual habrá de ejecutarse dicho trabajo. De esa manera, la categoría “conducta”, tal como es usada por la psicología moderna, viene a ser una construcción intelectual que identifica cierto dominio como material potencial para legitimar el trabajo psicológico. Su dominio, obviamente, es completamente diferente de aquel definido, por ejemplo, con términos tales como “experiencia inmediata” o “acción social”.

Los intereses intelectuales incluyen, claramente, lo que en algunas discusiones recientes ha sido denominado “paradigmas metafísicos” (Masterman, 1970). Pero para el sociólogo del conocimiento es importante reconocer el elemento de interés en esas presuposiciones metafísicas. Los individuos hacen reivindicaciones sociales sobre la base de tales presuposiciones. Las disputas en este nivel son, con frecuencia, disputas sobre áreas de competencia reconocidas. Antes de que un grupo pueda reivindicar exitosamente derechos especiales sobre un área cualquiera, otros deben estar convencidos de que el área existe y de que su naturaleza demanda una clase de competencia especial (técnicas, modelos conceptuales, experiencias relevantes) que el grupo en cuestión comanda. La auto-definición de grupos de especialistas y la definición de la naturaleza básica de su campo de acción son mutuamente complementarias. Para mencionar un ejemplo evidente, si ciertas pre-concepciones completamente fundamentales acerca de la naturaleza del organismo humano no imperaran con amplia aceptación, la profesión médica no podría mantener su posición social cara a cara con competidores potenciales.

Los intereses intelectuales, por lo tanto, constituyen el punto de encuentro entre intereses sociales y construcciones cognitivas. El encuentro ocurre en individuos cuyos intereses sociales requieren de tales construcciones necesariamente, ya que su identidad social particular depende de ellas. Una identidad social define un tipo de relación social que debe ser reconocida por otros significativos para existir. El establecimiento o mantenimiento de una identidad social, en consecuencia, implica la aceptación de la identidad reclamada por esos otros. La base sobre la cual tal aceptación es asegurada, es provista por la compatibilidad de intereses intelectuales. Los grupos establecidos con algún poder social sólo reconocen a aquellos con intereses intelectuales compatibles. Los intereses intelectuales, entonces, tienen una función legitimante; y diferentes intereses intelectuales, surgen no solamente a raíz de diferencias entre aquellos que lo desarrollan, sino también debido a diferencias entre aquellos hacia quienes ellos están orientados como medio de legitimación. La sociedad provee una red de tales intereses (un sistema de dependencias), que puede ser trazada hacia los lugares más importantes del poder social. Bajo determinadas

circunstancias históricas, como las existentes en las universidades americanas hacia el cambio de siglo, la relación de los profesionales con las fuentes del poder fundamental resulta relativamente inmediata; en otros casos, como en Alemania, el tipo de relación incluye una multiplicidad de grupos mediatizadores atrincherados. Sin embargo, son los grupos interesados más inmediatamente con las decisiones que afectan la vida o la muerte de una disciplina nueva, aquellos que son el blanco de los intentos de legitimación y que, por lo tanto, determinan la naturaleza general de la apelación.

Por medio de este análisis, la emergencia de nuevas comunidades eruditas o científicas se caracteriza por la emergencia de nuevos intereses intelectuales. Los nuevos grupos científicos difieren de los ya establecidos porque ellos desean hacer cosas diferentes. Esto, por supuesto, siempre resulta posible para teorías o técnicas en un campo a cambiar, pero sin ningún cambio en la naturaleza del campo, en tanto permanezcan iguales los propósitos finales de los practicantes de ese campo. Es solamente un cambio en esos propósitos lo que compromete la creación de una nueva disciplina o subdisciplina, es decir, la emergencia de un nuevo grupo de practicantes definidos por un nuevo interés intelectual. Las técnicas derivan su significación del interés al servicio del cual son aplicadas. Es un completo extravío discutir una técnica como la experimentación haciendo abstracción de los propósitos a los que ella pretende servir. Así, la técnica experimental usada por Wundt para el análisis de los procesos mentales es una técnica profundamente diferente, tanto en la teoría como en la práctica concreta, de la técnica experimental usada por el conductista para la predicción y control de la conducta.

El concepto de interés intelectual hace posible superar la separación terminante entre “factores sociales” y “contenido intelectual”, que es característica de la sociología de la ciencia positivista (Ben-David, 1967). Tales intereses son simultáneamente un factor activo en el proceso social de la división del trabajo científico y una formulación de presuposiciones intelectuales. Es probable que el fracaso en reconocer el rol decisivo jugado por la categoría de interés intelectual conduzca a debates estériles sobre la importancia relativa de los factores “internos” y “externos” en el desarrollo de las disciplinas científicas. El interés intelectual básico de una disciplina se encuentra de frente tanto con lo exterior como con lo interior: lo exterior, en tanto sirve para legitimar las actividades de sus practicantes de cara a los grupos significativos a los que se dirige; lo interior, en tanto establece las normas por las cuales resulta juzgado el trabajo de los practicantes. Una vez que se han consolidado los fundamentos institucionales de una disciplina, dichas normas tienden a adquirir, por sí mismas, una validez prácticamente autónoma y el nexos con la función legitimante externa se puede volver menos explícito.

Una de las expresiones más concisas e influyentes acerca del aspecto exteriormente dirigido del interés intelectual de la psicología moderna puede ser encontrado en el famoso trabajo de J.B. Watson (1933) “La psicología desde el punto de vista del conductista”: “Si la psicología siguiera el plan que sugiero, el educador, el médico, el jurista y el hombre de negocios podrían utilizar nuestros datos de una manera práctica tan pronto que seamos capaces, experimentalmente, de obtenerlos”. El argumento de Watson era irresistible –dos años después fue elegido presidente de la American Psychological Association. La razón de que su mensaje encontrará una resonancia masiva e inmediata era que la mayoría de los psicólogos americanos ya aceptaban la premisa de que el negocio de su disciplina era producir datos para ser utilizados “de manera práctica” por educadores, hombres de negocios, y así sucesivamente, y de producirlos rápidamente. Dada esta premisa, la prescripción de Watson, despojada de unas pocas exageraciones polémicas, estaba obviamente en la línea correcta.

Lo que Watson había hecho era colocar el sello retórico final al establecimiento de la psicología como una ciencia administrativa, como una tecnología a ser manejada por los gestores [managers] de la sociedad, con la finalidad de dirigir las acciones de aquellos a su cargo por los canales deseados. Tal psicología es un tipo de disciplina bien diferente de aquella que se considera a sí misma como sirviente de la filosofía. Ella debe definir de manera diferente tanto sus materiales como sus métodos. Para los propósitos prácticos de administración y control social, se ocupará de las acciones manifiestas de la gente; su experiencia subjetiva solo presenta interés en tanto que resulta absolutamente necesaria tomarla en consideración para poder manipular efectivamente su actividad externa. Esto presenta el reverso de la posición característica de la psicología que floreció en Alemania, para la cual la actividad externa sólo tenía interés en la medida que arrojaba luz sobre la experiencia subjetiva. La distinción crucial aquí no es entre una psicología que estudia la actividad manifiesta y una psicología que se ocupa de la experiencia subjetiva, sino cuál de las dos debería ser el foco de interés primario de los psicólogos, reduciendo el otro a un status de medio a fin.

Si la cuestión del status relativo de la actividad externa y de la experiencia subjetiva compromete la definición misma de la psicología como una disciplina administrativa más que humanística, la relación de la psicología con las ciencias sociales es expresada por el rol asignado a la psicología social. Uno de los aspectos más llamativos de la relación entre la temprana psicología americana y la psicología wundtiana es el total olvido que sufrió la psicología de los pueblos de Wundt, aún entre aquellos psicólogos americanos que habían sido sus estudiantes. (Judd, la excepción, permaneció sin ser escuchado, y giró hacia intereses ajenos a los definidos oficialmente en el dominio de la disciplina, como también lo hizo G. H. Mead, el otro único académico americano de nota que prestó seria atención a la psicología social de Wundt). Desde el comienzo de su programa, Wundt proyectó dos clases de psicología: fisiología y social, la primera empleando métodos experimentales; la segunda, métodos no-experimentales (Wundt, 1922). La relación entre las dos es asimétrica porque, mientras uno no puede predecir los resultados de la interacción social a partir del conocimiento de la psicología individual, es posible extraer conclusiones sobre psicología individual del estudio de los productos sociales (por ejemplo, los mitos proporcionan datos sobre la actividad de la fantasía, y las normas sociales y las costumbres -*Sitten*- proveen una visión interior sobre motivaciones). Discutiendo estas relaciones, Wundt contrasta dos concepciones de las leyes psicológicas, las “metafísicas”, a las que considera como independientes del tiempo y espacio (en analogía con los mecanismos clásicos), y su propia concepción de las leyes psicológicas como esencialmente en desarrollo, lo cual quiere decir que las leyes de la psicología social se volverán esencialmente históricas (Wundt, 1887). Sus contribuciones a esa psicología social fueron monumentales, no sólo en los diez volúmenes de *Völkerpsychologie* sino también en la temprana *Ethics*, así como en varios trabajos que contienen mucho material socio-psicológico. Esos intereses tampoco fueron idiosincrásicos. Hacia 1900, más de 200 ítems por año habían sido clasificados como “psicología social” en la bibliografía anual de la literatura psicológica, publicada por el *Zeitschrift für Psychologie*.

La psicología americana tomó un camino diferente. Concibiéndose a sí misma como la “ciencia maestra” (el fundamento de las otras ciencias sociales, las cuales eran, en efecto, simples aspectos de la psicología individual), podía permitirse ignorar los niveles históricos y culturales de la realidad. No podía tolerar la existencia de un mundo social que obedeciera a sus propias leyes, porque eso podía influir en la verdadera naturaleza de la psicología individual. En su lugar, se propuso desarrollar por completo leyes abstractas de la conducta individual, de las del tipo que Wundt denominara “metafísicas”. Despojando la acción humana de sus contenidos sociales, ella

definió su material como “conducta”, mientras la realidad social y cultural vino a subsumirse bajo la categoría de “estímulo”. Cuando, finalmente, la psicología social hizo su aparición, lo hizo como una extensión de la psicología individual a situaciones en las cuales operaban “estímulos sociales”.

La negación de los niveles históricos y culturales de la realidad aseguraba la reversión de la manera en que era conceptualizada la relación entre individuo y su medio sociocultural. Wundt, esencialmente, definiría dicha relación como una construcción de productos culturales por la interacción de individuos; los individuos eran visualizados como activos en relación con su cultura. La psicología social americana, en cambio, devino el estudio de las respuestas al estímulo social, de los “procesos de influencia social”, concebidos, hasta hace muy poco, de una manera estrictamente unidireccional. El individuo finalizaba siendo el receptor final de estas influencias sociales o el manipulador. En ambas instancias, la relación es externa. Los productos sociales, o bien confrontan al individuo bajo la forma de presiones del medio, o bien sucede que son de utilidad como técnicas para el control de los demás. En cualquier caso, ellas son “halladas” por el individuo, y la cuestión de la tipo de relación constructiva entre sus propiedades y las propiedades de los individuos nunca aparece. El tipo de psicología social desarrollado por Wundt, como complemento necesario al alcance limitado de la psicología experimental, se ocupaba, en consecuencia, de un conjunto de problemas completamente diferentes a aquellos que definieron el dominio de lo que fue llamado psicología social por parte de las generaciones posteriores.

Los intereses intelectuales, no sólo definen los problemas de una disciplina, sino que determinan, también, la manera prescrita para resolverlos. Para la psicología moderna, esas prescripciones han girado generalmente, alrededor de cuestiones acerca del rol y sobre la naturaleza de la experimentación. Wundt consideraba imposible emplear la metodología experimental de la ciencia natural en la investigación de los procesos psicológicos “superiores” (cuando fue intentado, los resultados fueron, meramente pseudo-experimentos que no honraron los criterios del experimento científico) (Wundt, 1907). En Alemania, los reclamos para extender la posibilidad del método experimental fueron impulsados por psicólogos jóvenes que intentaron también promover la psicología como disciplina independiente. Como hemos visto, sus esfuerzos no tuvieron mayor éxito y durante los años 1920 comenzaron a hablar de métodos “tipo-experimentales”, e inclusive abandonaron la palabra “experimental” para la denominación de su asociación.

En los Estados Unidos, donde no había la clase de filósofos “mandarines” (Ringer, 1969) a ser apaciguada, la veneración por el método experimental no conoció límites y rápidamente se desarrolló hacia un verdadero misticismo. La psicología incrementó legítimamente sus reclamos por una posición superior entre las ciencias humanas debido a su utilización de métodos experimentales, no obstante que muchos psicólogos nunca usaron semejante método o usaron lo que, a lo sumo, podía ser descripto como una copia verdaderamente débil de los mismos. Existen fundamentos para suponer que el prestigio ritual de la experimentación se debió menos al status de ciencia pura que del enorme atractivo que un paradigma tecnológico tenía para los grupos significativos, a los que los psicólogos intentaban impresionar. Por un lado, la experimentación no era la marca distintiva de algunas de las ciencias más admiradas (por ejemplo, la astronomía y la biología evolutiva de su tiempo); por otro, el aspecto que distinguía la compleja serie de técnicas tituladas “experimentales” que habían sido escogidas por los psicólogos como cruciales era su característica manipulante. Sin importar cuán negligentes las observaciones, cuán caprichosos los datos, cuán asistemáticos los controles, cuán teóricamente irrelevante el problema desde el punto de vista teórico: mientras hubieran tenido lugar ciertas intervenciones se consideraba que habían sido encontradas las condiciones, no sólo necesarias, sino suficientes para la experimentación “científica”. En el mejor de los casos, esto implicaba el fracaso en distinguir entre propósitos científicos y otros propósitos de

la experimentación, haciendo posible a una aproximación puramente tecnológica navegar bajo la bandera de la ciencia.

Las diferencias en las prácticas de la experimentación psicológica juegan un rol crucial, en la determinación del lugar de la psicología como disciplina. Los experimentos que involucran sujetos humanos son situaciones sociales, cuyas estructuras disponen contrastes verdaderamente rotundos con el tipo de conocimiento que es posible obtener dentro de su contexto. La sociología del conocimiento psicológico no puede ignorar que ese conocimiento es obtenido en marcos sociales, y que los rasgos del mismo están drásticamente modelados por los intereses intelectuales del psicólogo. Aparte de su influencia primaria sobre las normas de la disciplina, es ante todo a través de su efecto en la estructuración de contextos de investigación que los intereses intelectuales determinan la clase de conocimiento que será válido para los practicantes de la disciplina.

Existen diferencias llamativas entre el contexto social de la investigación establecido por la psicología entendida como una disciplina filosófica y la psicológica como tecnología de manipulación de la conducta. El experimento psicológico clásico, que casi ha llegado a extinguirse, estaba basado en el principio de la intercambiabilidad entre experimentador y sujeto. Ambos debían ser observadores psicológicos altamente entrenados y, como fue señalado por Wundt, el entrenamiento psicológico del sujeto era más importante que el entrenamiento psicológico del experimentador (Wundt, 1922, pp. 12-13). Ese estilo de experimentación permaneció como característico de la psicología alemana, aun después de que una concepción diferente del experimento psicológico comenzará a recibir algún reconocimiento justo antes de la Primera Guerra Mundial. Esta segunda concepción de la experimentación psicológica había desaparecido entre los psicólogos americanos antes del cambio del siglo, y rápidamente llegó a dominar la práctica de todos, excepto un puñado de ellos. Estaba basada en una diferenciación profunda de los roles de experimentador y de sujeto. Se suponía que el primero debía tener el monopolio en entrenamiento e ilustración, mientras el segundo debía ser inexperto e ingenuo. La situación social del experimento estaba caracterizada por una asimetría fundamental que influenciaba decididamente la clase de conocimiento que podía emerger en él.

Se trataba de una clase de conocimiento que debía ser útil para quienes estaban en posiciones de controlar y manipular la conducta de los otros en contextos educacionales, industriales, administrativos u otros parecidos. La división fundamental entre controladores y controlados estaba construida dentro de la mismísima fábrica de la fuente generadora de conocimiento de esta psicología. Los datos sobre respuestas humanas en situaciones donde la autonomía había sido cedida, podían ser aplicados a otras situaciones no-experimentales, donde la autonomía y discernimiento estaban ausentes de manera similar, aunque probablemente no por el consentimiento voluntario de aquellos afectados. Lo que improbablemente produciría este tipo de situación experimental era conocimiento que supiera incrementar el nivel de *insight* propio o ayudar a la emancipación de control externo a los individuos humanos. Y aún si el conocimiento utilizable que la nueva psicología era capaz de entregar quedó muy atrás de sus promesas extravagantes, lo que más le importaba a sus patrocinantes era que su empresa de investigación estaba manifiestamente diseñada para producir clase de información que pudiera ser útil precisamente en aquellas situaciones donde un grupo de gente tenía el poder de controlar las condiciones bajo las cuales otras personas debían conducirse.

En los relatos que son frecuentemente narrados en las páginas de libros de texto introductorios, las profundas diferencias metodológicas que dividían a los psicólogos en los primeros años de este siglo son representadas, tradicionalmente, como diferencias en torno al uso de la “introspección”. Esto es algo de mistificación que tiene su lugar en la socialización profesional del estudiante, pero

que no debía extraviar al erudito serio. Wundt argumentó contra el introspeccionismo representado por el grupo de Wurzburg y Titchener tan vigorosa e incisivamente como lo hizo contra el ahora olvidado introspeccionismo del tercer cuarto del siglo XIX. Pero los conductistas no podían tomarlo como un aliado, porque realmente existían concepciones diferentes sobre la naturaleza del experimento psicológico y, en este nivel fundamental, eran polos opuestos. Sin embargo, para los autores de libros de textos, tal diferencia es profundamente amenazadora. Esos autores se proponen, usualmente, representar la psicología como una ciencia natural y justificar esta imagen a través de la referencia al uso del método experimental. La suposición, crucial aunque implícita, es que puede haber una sola metodología de la experimentación científica. Si se revelara que la psicología moderna está marcada por diferencias profundas sobre qué constituye experimentación válida, el argumento entero podría perder plausibilidad.

Mientras se puede esperar de los autores de libros de texto que perpetúen los mitos y verdades a medias que legitiman los reclamos hechos por su disciplina, una perspectiva más crítica resulta apropiada si la misma disciplina se vuelve objeto de escudriñamiento científico. Pero esto es, precisamente, lo que no logra la sociología positivista. Como presupone que la naturaleza de la ciencia es siempre la misma y vislumbra el cambio histórico en términos cuantitativos más que cualitativos, se vuelve una víctima preparada para los “mitos de origen” que las disciplinas construyen para ellas mismas. Tales mitos exageran el elemento de continuidad en el desarrollo de la disciplina y tergiversan aquellos aspectos del pasado, que ponen en duda los intereses intelectuales predominantes en la disciplina. En el caso de la psicología moderna, ellos adoptan la forma de datar su origen en la fundación del laboratorio de Wundt, debido a que la experimentación tiene el status de un fetiche. Lo que la sociología positivista trata como “datos” históricos son, en realidad, reconstrucciones históricas de las generaciones posteriores. El rol que se le asigna a Wundt, por ejemplo, fue creado en la altamente interesada historiografía interna de la disciplina y tergiversa su significado real.

Para la sociología del conocimiento, en cambio, la historia nunca puede ser una fuente de “datos” apromblemática. “Ella siempre tiene que ser reconstruida (Weimer, 1974) y el primer paso para evitar ser extraviado por las reconstrucciones existentes debida a las partes interesadas es consultar las fuentes primarias”. Para la sociología de la ciencia positivista, categorías tales como “ciencia”, “conocimiento” y “experimentación” son inmutables, para la sociología del conocimiento ellas son problemáticas y sus formas cualitativamente distintas deben ser explicadas.

El enfoque acríptico de la sociología de la ciencia positivista también caracteriza su manera de tratar el rol jugado por los intereses sociales en el desarrollo histórico del conocimiento científico. Los intereses de los hombres de ciencia son siempre intereses individuales, competencias de status, aspiraciones de carrera, motivos involucrados en el “discipulado”, y así sucesivamente. Esto, a lo sumo, puede explicar cómo algunos individuos maniobran para lograr ventajas en una estructura de status existente; no es un enfoque que proporcione algún medio de cuestionamiento a la naturaleza y origen de esta estructura. Más aún, existe una absoluta escisión entre la motivación de los individuos y las fuerzas que perpetúan las estructuras sociales. Para el científico individual, la actividad generadora de conocimientos se vuelve un medio para la ejecución de fines esencialmente privados.

La sociología del conocimiento, en cambio, reconoce los intereses personales como reflejos de intereses de grupos, provenientes estos, a su vez, de conflictos sociales. Los intereses de los individuos en la búsqueda de conocimiento están ligados con los intereses de grupos, sea que ellos sean plenamente conscientes o no. Más aún, como los intereses de cualquier grupo existen solamente en el contexto de otros intereses, los individuos actúan en el interior de un tejido de tales

tipos de relación, que se extienden desde sus ambientes profesionales inmediatos hasta la sociedad entera. En consecuencia, es apropiado para la psicología del conocimiento trazar los intereses intelectuales de los individuos hasta aquellos intereses sociales más amplios que caracterizan a las sociedades enteras en las distintas fases de su historia.

REFERENCIAS

- Ben-David, J: *The scientist's role in society*. Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1971
- Ben-David y Collins, K: "Social factors in the origin of a new science: the case of psychology", *American Sociological Review*, 1966. 31. pp. 451-465.
- Ben-David y Collins, R.: "Replay to Ross", *American Sociological Review*, 1967, 32, p.469-572.
- Buhler, K. et al.: *Kundgebung der Deutschen Gesellschaft für Psychologie*. In *Bericht. II Kongress für experimentelle Psychologie*. Jena, Fischer, 1930.
- Camfield, T.M.: "The professionalization of American psychology", *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 1973, 9, pp. 66-75.
- Masterman, M.: "The nature of a paradigm", en Lakatos y Musgrave, A. (eds.): *Criticism and the growth of knowledge*. Cambridge, England, Cambridge University Press, 1970.
- Ringer, F.K.: *The decline of the German mandarins: the German academic Community 1890-1933*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1969.
- Ross, D.: "On the origins of psychology", *American Sociological Review*, 1967, 32, pp. 466-469.
- Rudolph, F.: *The American college and university: a history*. New York, Knopf, 1962.
- Samelson, F.: "History, origin, myth and ideology: Comte's discovery of social psychology", *Journal for the Theory of Social Behavior*, 1974, 4, pp.217-231.
- Schlott, F.: "Beitrag zum Lebensbild Wilhelm Wundts aus seinem Briwfweschel", *Wissenschaftliche Zeitschrift der Karl-Marx Universität, Leipzig*, 1955-1956, 5, pp. 333-349.
- Thorndike, E.L.: *The elements of psychology*. New York, Seiler, 1907.
- Von Ferber, C.: "Die Entwicklung des Lehrkörpers der deutschen Universitäten und Hohechulen 1864-1954" en H. Plessner (ed): *Untersuchungen zur Lage der deutschen Hochschullehrer*, Vol. 3, Gottingen, Vandeshock y Ruprecht, 1956.
- Watson, J.B.: "Psychology as the behaviorist views it ", *Psychological Review*, 1913, 20, pp. 158-177.
- Weimer, J.B.: "The history of psychology and its retrieval from historiography: 1 The problematic nature of history", *Science Studies*, 1974, 4, pp. 235-358.
- Wundt, W.: "Über Sale und Wege der Volkerpsychologie", *Philosophical Studies*, 1887, 4, pp. 1-27.
 "Über Ausfrageexperimente und über die Method zur Psychologie der Denken", *Psychological Studies*. 1907, 3, pp.301-360.
 Die Psychologie im Kampf und Dasein. Leipzig, Kroner, 1913.
 Erlebtes und Erkanntes. Stuttgart, Kroner, 1920.
 Vorlesungen über die Menschen und Thierseele (1863). Hamburg, Voss, 1922.
- Young, R.: "The historiographic and ideological contexts of the nineteenth century debate on man's place in nature", en M. Teich y R. Young (eds.): *Changing perspectives in the history of science*. London, Heineman. 1973.